

# ABOGACÍA EN EL QUE UNO BOGA Y OTRO CIA

Vivir al lado del mar se convierte para muchos en una pasión que cruza todos los sentidos. El murmullo del oleaje, la bravura de las olas, la dulce paz que da la pesca, navegar y entender ese mar a veces imprevisible, el vocabulario propio, las artes de la pesca, las conversaciones con los marineros... Todo eso atrapó a Pablo Portillo, abogado y colaborador habitual de esta revista.

Pablo dedica mucho de su tiempo libre a recuperar historias, dar a conocer marengos relevantes de nuestra ciudad, relatar naufragios, fotografiar puertos, narrar competiciones de jábegas... Por ello Miramar quiso que no sólo nos contara las historias recuperadas sino la suya propia. Desde aquí le agradecemos que aceptase nuestra petición, brindándonos su experiencia en este precioso artículo.

El sol se ponía por el horizonte entre el mar y el cielo. Era finales de septiembre del 90 y viajaba por tierras Lusitanas. En *Nazaré* buscaba *alojamento* y tras algunas vueltas di con *habitação*. La dueña, una portuguesa de novela, me dijo que para cualquier cosa que necesitase la podía encontrar en la *praia* trabajando en la *xábega*.

Ni que decir tiene que mi asombro fue mayúsculo ya que hasta entonces creía que no había más jábegas que las de Málaga, y que las barcas y artes de pesca eran algo autóctono de nuestro litoral. Mis convicciones se resquebrajaron. Por vez primera me pregunté sobre los orígenes de esta palabra.

Meses después, un viejo profesor (*en realidad mi primer maestro, desde aquí mi sincero reconocimiento*) avivó mi interés por nuestras costumbres mientras me dijo: "*Cuando en el Palo murió el Rosilla, el último gran patriarca del rebalaje, ya nada fue igual*". Hasta ese momento las barcas eran para mí un trinomio entre deporte, verano y diversión.

Desde siempre he sentido una gran atracción por el mar y todo lo que le rodea. De chico me bañaba en la playa, nadaba, pescaba sin ambición, incluso navegaba a vela o bogaba por el litoral. Aun siendo menor de edad me hice socorrista de playa de la Cruz Roja.

Uno de mis primeros recuerdos de chava fue cuando a finales de septiembre del 73 acudí a la playa de la Carihuela -*la entonces barriada de Málaga*- a presenciar lo que los marengos más antiguos del rebalaje coinciden en afirmar que fue la última gran regata de remo. En esa prueba se congregaron docenas de hombres y mujeres que jalearon y disfrutaron del espectáculo. El ambiente fue irreplicable. Aquellas gentes estaban orgullosas de pertenecer a ese mundo, al que muchos de nosotros nunca hemos querido comprender. Ese momento, aun siendo niño, me impactó. Ver y oír a esas personas expresarse entre sombrillas y hamacas de playa me resultó completamente nuevo. Siempre me he acordado de aquel día

y por alguna extraña razón me he creído en la obligación de tener que transmitir a jóvenes y forasteros esta parte de nuestra tradición que tuve la suerte de vivir hace más de 30 años y que nos hace diferentes del resto de ciudades.

Después pasaron los años hasta que unos inocentes y atrevidos jóvenes y no tan jóvenes en el año 83 volvieron a retomar parcialmente la escena de las regatas, esta vez sin compañía de quienes durante tantos años dejaron su nombre y testimonio en nuestras playas. Sencillamente ocurrió lo que hoy se denomina el relevo generacional.

Sin quererlo participé en muchas pruebas por el litoral, ya como *pachapanda* o *bogaor* de número en *chalanas* de 4 y 6 remos para seguir como *mandaor* de la *Lola*. Durante esos años muchas personas se embarcaron por curiosidad, bien en busca de diversión o por hacer deporte. De los que empuñaron el remo (*sería imposible numerarlos*) recuerdo especialmente a *Agustín Moreno Cano*. Firme y obediente cogía el remo y empezaba a bogar. Era disciplinado y callado.

Mi paso por la facultad, en Avenida de la Estación del Palo por su cercanía a la playa fue una completa suerte, ya que decididamente contribuyó a que una *rabona* tras otra, muchas horas de clase las dedicase a deambular por el rebalaje. Allí conocí a antiguos marengos como a *Gonzalo* que jugaba con pasión al *dómino* de 9. Algunas veces y con atrevimiento jugué con él en pareja. A *Pedro* el redero que con su *lanzadera* en mano y con una agilidad pasmosa repasaba docenas de metros de artes de pesca, sin más útiles que la arena de la playa y un sombrero de palma para protegerse del sol. Más a levante junto a la esquina del ICET estaba *Ramón* el calafate. El bueno de *Ramón* era increíble, ya que era una persona que con su mirada destilaba una dignidad y humildad que me sobrecogía. Trabajaba la madera con gran destreza y construía embarcaciones de pesca de más de 12 metros prácticamente solo. Lo sorprendente es que *Ramón* no sabía ni leer, ni escribir.



Más a poniente estaba *Currito*. Del *Curro* me llamaba la atención la seriedad en abordar las conversaciones. Era alto, delgado, lucía unas auténticas patillas en cuchillo y tenía muy buena percha. No tenía reparos en hablar con un estudiante de derecho mientras seguía con su faena. *Currito* manejaba la azuela como nadie, era un prodigio ver trabajar aquellas manos.

Unas betas más allá y trasponiendo el arroyo Jaboneros me acercaba al *chambao-taller* de *Almoguera*. Para mí, *Julián* siempre ha sido un teórico de la barca. Contemplar la colocación de una tabla del forro, junto a su hermano *Antonio*, era algo que bien merecía perderme tres clases seguidas de derecho canónico, financiero y político. Los impedimentos dirimientes, el hecho imponible o el sistema bicameral podían esperar alguna convocatoria más. Hablar con *Julián* siempre ha sido de mi agrado. De él aprendí mucho. Vaya por delante mi reconocimiento.

Personas como *Salvaro*, el *Gorillo*, el *Rata*, el *Fali*, *Paco* el *apañao* de la Cala y de otros muchos conservo buen recuerdo. Todos ellos me enseñaron algo de aquella asignatura del rebalaje que estudié durante mis años de facultad y de la que curiosamente nunca tuve profesor que me examinase.

Pronto pasé del sufrido esfuerzo de *bogaor* a mandar desde la popa de la barca. Ese cambio me ayudó en mis paseos por el rebalaje. Me resultaba más fácil entablar conversación con aquellos protagonistas. Todo lo relatado y con el mar de fondo como testigo, con el paso de los años, fue poco a poco calando en mi haber.

Una vez licenciado en el ejército, cumplida mis obligaciones militares y con el nuevo destino dado a mi vida *-la abogacía-* ya en tierra, sin las preocupaciones lógicas de mandar o tener que tratar con los jabegotes, empezó a madurar la idea sobre lo que aquella portuguesa de novela y aquel viejo profesor quisieron decirme. Nació en mí la preocupación interior de conocer el costumbrismo y las señas de identidad más características y a la vez más desconocidas de mi ciudad.

Empleé mis ratos libres en husmear legajos, archivos, hemerotecas y papelotes. Dedicué tiempo a la fotografía. Visité puertos y astilleros. Acudí a las capitanías del litoral y de las provincias marítimas colindantes. Me apliqué y fotografíe lo que pude. Di nombre a algunos artículos. Colaboré en todas las solicitudes en las que me brindaron trabajar. Para conocer de cerca la pesca me embarqué y pesqué al *boliche*, a la *birorta*, calé *trasmallos*. Conocí de la pesca profesional del arrastre y del palangre. Participé de la construcción artesanal de embarcaciones de madera. Retomé docenas de historias, chismes y rumores que sobre nuestros hombres de mar y la ciudad han corrido de boca en boca desde siempre. Me preocupé por nuestro rico vocabulario y los refranes.

En definitiva descubrí que aquella portuguesa de *Nazaré* y aquel viejo maestro me hicieron ver el desconocimiento que tenía sobre la materia.

Estos años recorridos me han servido para interpretar parte de un pasado y de sus costumbres. Por ello un puñado de enamorados de las cosas de la mar hemos comprendido de la necesidad de tener que destinar las barcas al disfrute lúdico deportivo de nuestra juventud, y de camino intentar que no se cumpla aquella frase, ciertamente lapidaria, que *Luis Bellón -Director del Oceanográfico de Málaga-* publicó en 1950 en "*El boquerón y la sardina de Málaga*":

"... la barca está en trance de desaparecer y pasado algunos años no quedará de ellas sino el recuerdo: en más de un sitio cercano a la Farola de Málaga se pudren algunas, casi abandonadas; otras varadas meses y meses en las playas, esperan inactivas tiempos mejores, que parece no han de volver". 

